

¿OCASO O ALBORADA?

El crepúsculo de Dios (Historia cultural del cristianismo en Vasconia)

Atxular Atea, 2016, 596pgs.

LUIS HARANBURU ALTUNA

El crepúsculo de Dios, es el ambiguo título de este importante libro porque crepúsculo denota tanto el entreluces de la anohecida como del alba. Desde el inicio de su lectura queda incitado el lector a despejar esa ambigüedad del Dios de los cristianos en el decurso de nuestra historia. ¿Se trata de las postrimerías y del oscurecerse la noción de Dios en la cultura vasca o, más bien, de los albores de algo nuevo y luminoso en la relación cultura/transcendencia? La paradoja del título se mantiene también al final de la lectura porque, por una parte, parece significarse con contundencia que Dios ha acabado oscureciéndose entre los vascos, transformado en variadas teofanías de la justicia y de los derechos “étnicos”, como un travesti de ideología y de política nacionalista. Éstas, política e ideología, funcionan ya aquí con los atributos de Dios (o sea la trascendencia religiosa predicándose de “patria” -la nuestra en exclusiva, evidentemente- y agotándose la universalidad humana en *gure herria*). Sin embargo otra lectura que se asome al diminuto lucero, que parece abrirse al final del libro, sostendrá que en medio de la monumental secularización de nuestra sociedad existe otra vía entre los cristianos vascos donde Dios es amor, hasta “para con el enemigo”, y el sentido de la existencia reside en el encuentro con el otro concerniendo de la misma manera y con los mismos valores al conjunto de la humanidad.

El subtítulo de este ensayo así como su introducción abren la hipótesis de que la religión cristiana y su formato institucional, que es la Iglesia Católica, están imbricadas en la cultura de los vascos de tal manera que hacer la historia eclesial de aquí implica hacer la historia de la cultura de los de aquí y, al revés, no es posible entender el avatar cultural de los vascos sin aprehender el inconsútil tejido de símbolos y acciones, de creencias y motivaciones que han dado forma, tono y color a la Iglesia de aquí. Es más, desde que existen documentos consta que el inmenso cambio cultural que ha ido experimentando la sociedad de los vascos se ha ido modelando merced a una impronta narrativa cuyo protagonista era el Dios del cristianismo.

En los inicios de la documentación, en la cual aparecen las primeras frases y términos eusquéricos, Dios es el dueño de cielos y tierras para el habitante de esta tierra. Pero como este habitante quiere asegurarse el cielo, se desprende para ello de sus bienes. Aquí, como por doquier, ha habido también guerra por estos bienes pero, para justificar la acción de rapiña, unos vascos, legitimados de pedigrí por su prevalencia ante Dios, han reclamado su *más valer* por mor de su proximidad en la cadena de los seres creados por Dios.

Luego, cuando esas guerras sólo conducían al suicidio, esos linajudos vacos hicieron propia la leyenda del nieto de Noé, volviéndolo vasco-cántabro y hasta cristiano a fin de transmitirles a los vascos el primer y más viejo cristianismo con las más puras costumbres y el idioma del paraíso, el euskera. Y eso, pese a hallarse Túbal en pleno Antiguo Testamento. Los vascos, creyéndose cristiano- viejos y primitivos habitantes de España, sostuvieron que eran el tronco elegido por Dios para el reparto de bienes en España.

El primer bien de todos era la Corte con sus reyes, descendientes todos de aquel prometeico Túbal, y hacia allá envían los vascos de linajes preclaros a sus hijos, como secretarios o confesores y, a sus sometidos los envían al ejército y a las Indias. Como

pasaporte, a todos les basta la partida de bautismo en alguna iglesia vasca. En casa sólo quedan sus mayorazgos para que administren la tan cristiana tierra, su propiedad privada, desde unas instituciones cerradas a cal y canto al empobrecido pueblo euscaldún. Porque, claro, éste no sabe hablar castellano.

Ante la inmensa penuria de la población, la cercenante diglosia y la desquiciada necesidad de pleitear por todo, hasta por el paso de un camino tradicionalmente abierto, se deja oír una voz profética que, por escrito y desde el púlpito pero siempre en nombre de Dios, aboga por el euskara y por re-apropiarse de la tierra vascongada entera. El profeta culpa a España y no a los auténticos perpetradores de tamaña injusticia, e imagina la posibilidad de construir un reino vascón separado, un reino para Dios con su privilegiada lengua y las prístinas costumbres tubalianas. Hacer de la tierra vasca un único y unido mayorazgo de Dios, he ahí el mensaje del primero de los profetas, Larramendi, algunos de cuyos axiomas serán expandidos enseguida desde todos los pulpitos: el vasco no es nunca un adocenado urbanita, el vasco no es sino creyente, nada más que practicante de la fe, *euskaldun fededun*.

En éstas, llegan los tiempos de la Revolución francesa y ese sustrato identitario renueva su vigor enfrentándose al liberalismo, absolutamente urbano en nuestra tierra. Hasta que, al más mínimo problema dinástico, Dios se hizo carlista y luchó a muerte con su enemigo liberal. Y como resultado de las guerras carlistas, se refuerza el integrismo del “sólo Dios basta”, que las consecutivas derrotas bélicas acrisolan como *patria vasca, nuestros fueros y la nación española*. Este mensaje lo transfigura en nación euskara otro profeta, el integrista vizcaino Sabino Arana, y la Iglesia le dará forma cultural con un betún pseudocientífico de apariencia etnográfica y también con una unción lingüística. De nuevo la guerra civil dividirá a los vascos tanto religiosos como laicos y, desde su victoria, una Iglesia arrogante sólo acierta a exacerbar a los derrotados, al par que éstos lograrán construir una Iglesia contestataria, la cual se volverá mayoritaria en su afán de emancipar las esencias étnicas convertidas ahora en una transustanciación de Dios. Para lo cual de nuevo ha sido la violencia también el elemento decisivo.

Ya conocíamos, si no al completo, sí variados momentos estelares de este decurso de cristianismo y violencia entre los vascos, potenciado por una cultura que extraía del símbolo divino un sobrevalorado ensimismamiento de lo autóctono y una suspicacia poco amistosa ante lo extraño. También conocíamos múltiples textos sobre el permanente *leitmotif* de la imaginación vasca tras la construcción de la autoctonía y supuestas imágenes de ancestralismo. Lo sabíamos porque al filo de estas últimas décadas han ido apareciendo abundantes monografías sobre circunstancias, hechos, creencias, procesos e instituciones del pasado de los vascos que posibilitan ir limpiando la costra del parabrisas de nuestra historia tan tiznada de mito y leyenda. Entre esas importantes investigaciones hay muchas que tocan relevantes aspectos de la religión y de la religiosidad así como de las prácticas institucionales o hasta institucionalizadas por el mundo laico en diferentes momentos de nuestra historia. En esta investigación de Haranburu Altuna he contado más de cuarenta de estas monografías de referencia micro-histórica bien repertoriadas empíricamente y con documentos de apoyo. Por eso puede el libro de Haranburu con toda razón invocar en su introducción aquella advertencia de Américo Castro: “Historiar es desmitificar”.

La vía para que *El crepúsculo de Dios* haya construido una panorámica muy veraz y capaz de configurar como *continuum* histórico las diferentes circunstancias de tiempo y lugar, tanto

de creencias como de prácticas religiosas, y también el cambio de actitudes culturales, es el rigor conceptual. Rigor en la distinción entre hechos relativos a la institución eclesial y hechos relativos a la presencia de la vida de fe entre los cristianos vascos; pero también un rigor en aprehender, por una parte, la sociología de las formas religiosas a lo largo de la historia de los vascos y, por otra, la impronta que en ella han ido teniendo determinados líderes, religiosos generalmente pero también laicos imbuidos de religiosidad. Este rigor metodológico ha conferido un enorme vigor al formato de esta historia muy particular del mundo cristiano vasco, historia de la que sobresalen ciertas *constantes motivacionales* que seguramente la distinguen de otras historias del cristianismo de nuestros vecinos castellanos. Vayan algunos hitos de estas constantes:

1.- En el motor de la cristianización vasca, o sea en los cenobios cristianos de Valpuesta y Valdegobía durante la Alta Edad Media, funcionó la cultura del pacto visigótico estrechando la relación entre el conjunto de familias (auzo) y el señor abad. El monasterio les aseguraba el cielo conforme aquellas “aldeas” de valle se vinculaban al señorío abadengo y le cedían tierras pero, con el tiempo, se impuso la fórmula del señorío solariego posibilitándoles a los linajes dominantes en esos *auzo* o aldeas de valle tal dominio en lo religioso y lo temporal que lograron hacer fracasar la Reforma Gregoriana. Arranca aquí la cultura del “acato, pero no cumplo” que se configurará más tarde como *pase foral*.

2.- El rechazo a dejar entrar al obispo en suelo vasco por parte de esas instancias gobernantes desde muy tempranas fechas del cristianismo así como la secular duración de la patrimonialización laica de los bienes y funciones eclesiásticos, tanto económicos como de nombramiento presbiteral (hasta la Constitución de Cádiz, nada menos), resultan ser semilla de procesos mentales que generan en el clero cierta disposición a la indisciplinada autonomía respecto de la jerarquía, también al desapego institucional cuando se suponga que “lo propio” resulta dañado por lo “de fuera”. Imaginación que, en lo civil, tendrá plasmación como “*pase foral*” y, en lo eclesial, como “derecho a resistirse”, incluso mediante uso de violencia. Esa mentalidad propenderá hacia actitudes galicanas que reforzarán más y más el ensimismamiento identitario de las élites. Cuando éstas se sientan “agraviadas” por la abrogación de sus privilegios tras la Constitución de 1812, sabrán repandir en el pueblo esta imagería de agravio. Es ésta toda una mentalidad que yace en la base de la causa carlista.

3.- Los dos siglos requeridos para una tardía aplicación de la reforma tridentina, debidos al más completo dominio de la nobleza vasca en todos los ámbitos de la sociedad, impidieron hasta bien avanzado el s.XVIII la creación de seminarios para la formación del clero sumiendo a la población en el analfabetismo. Fue a finales de ese siglo cuando, en virtud del hálito misionero de jesuitas y franciscanos tomando por mano la grey cristiana, el euskara se convirtió en lengua literaria, en escritura de sólo catecismos y devocionarios cuando no de exaltación del ruralismo y condena del progreso urbano.

4.- La severa religiosidad impresa en los vascos ya desde la ascética de Axular (1643) irá cobrando fuerza a causa de cierto influjo del rigorismo jansenista en esas misiones del XVIII y ampliándose el marco del pecado hasta afectar a los mismos bailes populares de txistu y tamboril. Esa vivencia severa y negativa de la religión incrementa el sectarismo de las élites sacerdotales, autoproclamadas como voceros de Dios en el pueblo, lo cual les posibilita convertirse de facto en sus intelectuales orgánicos mediante la fusión de religión y cultura campesina, que esto significan los compendios misioneros del *euskaldun fededun*

(euscaidún, hombre de fe) o del *Jainkoak nahi du euskara bizitzea* (Dios quiere que el vascuence viva) o del *Jainkoa, Foruak eta euskara* (Dios, fueros y vascuence).

5.- Este imaginario de integridad y pureza del modo de vida baserritarra fusionada en los fueros como expresión de la voluntad de Dios únicamente necesitó la invasión francesa de tropas de la Convención y luego la guerra contra las de Napoleón para encastillar a la Iglesia como salvaguarda del Antiguo Régimen y hacer del tradicionalismo y el absolutismo su baluarte. No tardó en ir espesándose aún más su integrismo con ocasión del impuesto obligatorio de las Diputaciones liberales en trueque de suprimirse los diezmos (1869) y de la implantación tanto del Registro civil -suplantando a los registros parroquiales- como la del matrimonio civil. Todo este conjunto de imágenes a la contra harían de argamasa motivacional en el clero para impulsar levantamientos populares armados, primero durante el Trienio liberal (1820-23) y, después, con las sublevaciones carlistas, sangrientas guerras civiles en las que el clero toma parte activa.

6.- En el fragor de la violencia bélica o a causa de ella es como la Iglesia se institucionaliza en tanto que vasca. En 1836, unificándose con la venia papal en el conjunto de los territorios vasco-navarros en los que reina D. Carlos. Tras esa guerra, en 1861, se unificaron las tres provincias vascas en diócesis única bajo el obispo de Vitoria pese a las severas admoniciones en contra del abad de San Millán de la Cogolla. Y también en 1872 para lo que durase la 2ª guerra carlista, se unificaron de nuevo los territorios vasco-navarros en torno a un Delegado papal. Estas experiencias galicanas generarían tan poderosas imágenes en la mentalidad vasca que hasta en el mismo Estatuto de Estella (proyectado en 1931 por la S.E.V. a fin de lograr de la 2ª República una Región Autónoma de unificación de las cuatro provincias vasco-navarras) se hacía hincapié en un Concordato propio con la Santa Sede. Eso que una mente mordaz tildó de “Gibraltar vaticanista”.

7.- Bajo el emblema de “sólo Dios basta” el integrismo eclesial urbano, que en el ámbito rural era carlista, hizo de los sacerdotes vascos unos agentes electorales tanto en el púlpito como en el confesionario. La patria quedaba integrada en Dios y anclaba al cristiano vasco en una defensa institucional pre-democrática. En este antiliberal y antimodernista caldero de imágenes fermentó la invención de la patria vasca como *aberi*. Su emblema *Jainkoa eta lege zarra* significa que Euzkadi, cultura vasca y pueblo son explicitaciones del concepto Dios, cuyas derivadas casi-teológicas son el pleistocénico aislamiento de los vascos, su milenarismo cristiano no contaminado por ningún sometimiento ni contacto forastero y el glorioso futuro de independencia. Pronto se comprobó que este nuevo artefacto cultural conectaba magníficamente con el imaginario de grandes partes de la población vasca, incluidas las carlistas.

8.- La guerra civil del 36-39 volvió a dividir a los vascos en dos bandos. El obispo euscaldún Lauzurica dirigió la revancha de los vencedores sobre los vencidos identificando, al más puro estilo pre-democrático, religión y patria española. Sin embargo esta religión política tuvo su contrapartida en el campo de los vencidos al crear éstos su *propia* Iglesia popular, la cual cobró auge al socaire de la violencia terrorista a la que apoyó casi masivamente. Esta contra-Iglesia se compone de cristianos que viven la fe no como un don de Dios sino como una opción voluntaria de solidaridad con los oprimidos y pobres (léase: los que carecen de derechos nacionales, o sea los pobres abertzales sin Estado y sin una única y obligatoria lengua para todos). Resultado: en el nacional-catolicismo franquista sólo se le dio la vuelta a “patria”: estos cristianos de *Eliza2000* sólo sufren ahora con sus caídos

abertzales, muertos, presos o exiliados, jamás con aquellos a los que asesinaron y aterrizaron.

9.- Sin embargo tres colosos vascos, los sacerdotes J.M.Arizmendiarrreta y R.Alberdi y el laico J.de Arteché, tras combatir los tres en el campo requeté por la fuerza de las cosas pero con la compasión en el alma y, por supuesto, en el arma, marcaron una inflexión en el drama de los cristianos vascos abriéndole una brecha a la teología de la nación (la española y la vasca) desde la aceptación de la realidad y un decidido sí al otro, desde la cooperación, la formación y el abrazo compasivo de todos los enfrentados. En esta nueva teología, completamente desarmada de ideología, se afanan ahora varios obispos vascos encendiendo una tenue luz de fe y de esperanza social.

Dios aparece en esta historia de los vascos como voluntariamente encadenado a ellos, como preso de su hábitat, usos y costumbres, como un maná para uso público hasta el punto de conferir a la realidad una dimensión sagrada y, a la existencia humana, una voluntad de consagración. La investigación etnológica, la histórica y la lingüística siguieron tradicionalmente esa pauta imaginaria de búsqueda de sacralidad; la práctica institucional siempre arguyó bajo ese sacrosanto canon y hasta la política de nuestros días es conducida por la brida del voluntarismo trascendente por muy profana y hasta atea se muestre. El acierto de esta *Historia cultural del cristianismo en Vasconia* reside en mostrar que la religión de los de aquí se ha nutrido de formas simbólicas que siempre han tenido que ver con la ideología, sea bajo representaciones de autoctonía identitaria o bien bajo otras de exclusión y confrontación. La pureza y el peligro de contaminación han sido sus polos cognitivos, y el forastero y la innovación sus polos conativos¹. El relato privilegiado ha sido el mito; la metáfora esencial, la de enemigo. El rutilante pasado y un presente siempre desventurado y en riesgo han sido las perspectivas en las que se jugaba cualquier futuro vasco. De ahí el corolario implícito que vuelve más importante todavía esta investigación de Haranburu Altuna: la comprobación de que la dimensión experiencial de la cultura vasca ha sido siempre religiosa pero siempre ideológica en tanto que siempre se relacionaba con alguna proyección de temores no reconocidos, siempre tendía a disfrazar los motivos del deseo de extraer beneficios por encima del otro y siempre expresaba necesidad de solidaridad intergrupal. De esta manera esa religión ha sido siempre el mapa de una sociedad problemática.

Esta investigación posee además la sutileza de la buena biografía, aquella que se vuelve imprescindible para valorar la intervención del genio personal en la impronta y configuración de carácter del decurso histórico. Se trata de vidas generalmente trágicas de vascos de mente vigorosa pero, en su mayor parte, desposeída de cualquier atisbo de compasión y humanidad. Así se llega a aprehender la relevancia en nuestra historia de Ignacio de Loyola y Saint Cyran; de Etchaz, DeLancre y Axular; de Larramendi, Cardaberaz y Mendiburu; de los curas Francisco Gorostidi, Vicente Manterola, Agustín Jaúregui y Santa Cruz; de Sabino Arana, Kizkitza y Arturo Campión; de los curas J.M.Barandiaran, J.Arztimuño "Aitzol", Alberto Onaindía; de los obispos

¹ ¿Habrá que recordar aquí que los judíos fueron expulsados de Guipúzcoa y Vizcaya tiempo antes que de España y que las restricciones de vecindad para el forastero eran estrictamente aplicadas en ambas provincias? Una real provisión de 1511 expedida a instancias de Vizcaya, y enseguida recogida por el Fuero Nuevo (1525) decía: "que ninguna de las dichas Personas, assi Christianos nuevos de Moros e Judios, como de Lionaje de ellos, no se pueden vecindar en ninguna de las dichas ciudades, villas y Lugares de el dicho Condado y Señorío de Vizcaya ni en sus términos..."

Mateo Múgica, Lauzurica y Setién, y el padre Larzabal; o de J.M.Arizmendiarrreta, R.Alberdi y J.de Arteche. El destino cultural de nuestros ancestros, tanto el de nuestros progenitores como el de muchos de nosotros, ha sido consecuencia de las creencias, motivaciones y decisiones que tomaron estos vascos, casi todos ellos de vida trágica. Este sesgo de tragedia es acaso el hilo narrativo que ha conferido contigüidad y sentido a la red simbólica pública de significados compartidos por las gentes de esta tierra, o sea, a su cultura,.

Este libro de historia cultural del País vasco resulta de rabiosa actualidad por un doble motivo. Primero, porque como señala Joseba Arregi en el incisivo *Prólogo*, posibilita ahondar más en un asunto tan primordial actualmente como es la relación Iglesia/Estado al ayudar a clarificar mejor las causas de la insospechada y súbita secularización de la Iglesia vasca durante la década de los sesenta-setenta del siglo pasado, en tanto que proceso de transferencia completa de la religión al ámbito de la política. Ya un siglo antes, con la apuesta de “Dios basta” esa relación significó el apoyo de la Iglesia a las guerras carlistas; y tras el concilio Vaticano I (1869) supuso haber apoyado el axioma religioso de la política nacionalista Vasca (“Dios y Antiguas Leyes”). Pero, además, su actualidad es impostergable a poco que nos empeñemos en arreglar los enormes destrozos sociales y éticos de la reciente violencia terrorista y de sus aspectos colaterales provenientes, en parte, de una actuación no siempre legítima por parte del Estado democrático y, en cierta medida también, proveniente de una pésima cicatrización de las heridas de la ya tan alejada guerra civil. Se me antoja, pues, que estamos ante un libro necesario, el que la cultura vasca necesita ahora mismo para cambiar de rumbo y volverse profana dejando camino expedito a la fe cristiana de belleza desarmada, a la fe que muestre que merece la pena vivir la vida de otra manera, vivirla como acontecimiento cotidiano de un encuentro amoroso con la divinidad.

Como cualquier otro relato humano sobre el pasado, también esta Summa histórica que elabora Haranburu Altuna se alimenta de representaciones y artefactos simbólicos que le dan sentido y, en consecuencia, su intención “desmitologizadora” presentará opciones éticas y estéticas pero también ideológicas, siquiera inconscientes, como no podía ser de otra manera en los asuntos de un discurso sobre el humano elaborado por otro humano. Enumeraré algunas opciones de preferencia que van implícitas en la trama argumentativa de este libro: a/ la verdad de la historia se logra mediante la comprobación empírica y el intercambio de opiniones sin coerción por buscar la verdad, por eso la mayor parte del relato nacionalista sobre los vascos no sólo es falsa sino que no pretende ajustarse a la racionalidad de la prueba; b/ la función de “Dios” puede ser exclusivamente semántica: darle a nuestra existencia un significado de amor y entrega al otro; cuando esa función es ideológica, entraña la aspiración al poder político; c/ entre dos alternativas posibles la que menos daño comporte es mejor, por eso la guerra es siempre una opción pésima como lo es una Iglesia armada de ideología; d/ la ensoñación imaginaria del pasado nubla la visión de presente, por eso el integrismo acarrea un futuro más nocivo que la perspectiva de aceptar la realidad del progreso material y de las costumbres; e/negar los hechos y vestirlos de imágenes poco veraces nunca ayuda a instalarse uno en la realidad, por eso no significar como guerra civil a nuestros sucesivos enfrentamientos ha reportado a los vascos muy escasa posibilidad de entender la realidad; f/la violencia es millones de veces peor que la deliberación y el debate de ideas, por eso la democracia es el régimen político menos malo. Yo también defendiendo estas perspectivas o

valores desde los que se ha elaborado esta investigación, porque únicamente desde ellos se podrán subsanar algún día los errores que pueda contener esta performativa visión histórica de Haranburu Altuna. Es muy de agradecer su esfuerzo, pese a que la aspiración “desmitologizadora” nunca transpasará la pared del mito: al discurso le es imposible ir más allá del discurso o salirse de él. Eso le aconteció de manera ostentosa al relato pro-arabista de la Historia de España del propio Américo Castro, de quien esta investigación ha tomado el blasón. Un índice de lo que le sucede ya a esta investigación es su imposibilidad de narrar el estilo, carácter y oceánica variedad de otras vidas cristianas que no figuran en documento escrito alguno, es decir, de las vidas de gente humilde y silenciosa que creyó en Dios, benefició a la Iglesia pero también hizo mucho bien a los demás. Gentes del común que hicieron el bien criando hijos y enseñándoles a amar a Dios y al prójimo, o enseñando, curando y yendo a misiones a enseñar y curar y amar a Cristo. De estos cristianos no ha quedado aquí traza histórica y, sin embargo, han sido sus existencias las que han soportado el conjunto de aseveraciones sobre hechos documentados que se han evaluado en este libro de Haranburu Altuna. De los ecos de esta gente buena sin historia narrada sólo el silencio se alza como monumento. Mis padres están entre esos ecos silenciados así como los padres del autor mismo de esta investigación, y así millones de padres más cuyo amor a la tierra y entrega a la familia y a Dios ha hecho posible escribir miles de documentos y generar “desmitologías” como ésta de ahora. La crudeza de esta historia de Haranburu Altuna es verídica, pero hay mucha verdad más por los bordes que nunca lograremos asir. Yo, sí estimo el cristianismo silenciado de mis progenitores, que me han posibilitado ser crítico como soy, y agradezco a la Iglesia vasca cuanto de progreso humano no inventariado en esta historia ha aportado a esta tierra.